

EL IMPERIALISMO DEL SIGLO XIX¹

19th Century Imperialism.

Félix Briones Quiroz².
fbriones@ubiobio.cl

Juan Carlos Medel Toro³.
juancarlos1917@gmail.com

RESUMEN:

Dos grandes zonas del mundo, África y el Pacífico, fueron totalmente divididas por razones prácticas. No quedó ningún Estado independiente en el Pacífico, que fue totalmente dividido entre británicos, franceses, alemanes, neerlandeses, norteamericanos y japoneses. En 1914 África pertenecía a los imperios británico, francés, alemán, belga, portugués y español, con la excepción de Etiopía, la República de Liberia en el África occidental y una parte de Marruecos que todavía resistía la conquista total.

El propósito de este artículo es analizar las principales razones que motivaron a las potencias europeas: Inglaterra, Francia, Alemania, Holanda, Portugal y Bélgica, a desarrollar una carrera imperialista en Asia y África, principalmente. Además, de reflexionar en torno a las consecuencias que trajo para el tercer mundo este proceso imperialista y las circunstancias sociales y económicas sobre las cuales se llevó a cabo el neocolonialismo.

PALABRAS CLAVES: Imperialismo, neocolonialismo, nacionalismo, mercados, explotación.

ABSTRACT:

Two large areas of the world, Africa and the Pacific, were for practical reasons, totally divided. There was no independent state left in the Pacific, which was completely divided between the British, French, German, Dutch, American, and Japanese. In 1914 Africa belonged to the British, French, German, Belgian, Japanese, Portuguese, and Spanish Empires, with the exception of Ethiopia, the Republic of Liberia in western Africa, and a part of Morocco, which still resisted complete conquest.

The aim of this article is to analyze the main reasons that motivated the European powers (England, France, Germany, Holland, Portugal and Belgium) to develop an imperialist race in Asia and, principally, in Africa, in addition to reflecting on the consequences that this imperialist process brought to that third world as well as the social circumstances that were brought about by the new colonialism.

KEYWORDS: Imperialism, new colonialism, nationalism, markets, exploitation

Introducción.

El concepto de Imperialismo es de por sí polémico y expuesto a interpretaciones contradictorias. No es fácil definirlo, aunque para la mayoría signifique una práctica de dominación empleada por las naciones o pueblos poderosos para ampliar y mantener su control o influencia sobre naciones o pueblos más débiles, no todos los historiadores están de acuerdo en torno a sus motivaciones y objetivos. Menos consensos existen aun cuando se trata de identificar a los países o naciones “imperialistas”. En lo que sí creemos estar seguros es que sus principales y primigenias acciones son motivadas por razones económicas. Y será esta interpretación el hilo conductor de nuestro estudio.

¹ Proyecto de investigación N° 056323 4/I, Dirección de Investigación de la Universidad del Bío-Bío.

² Doctor en Ciencias: Historia Social, Universidad de Sao Paulo, Brasil. Profesor de la Escuela de Pedagogía en Historia y Geografía, Universidad del Bío-Bío.

³ Profesor de Historia y Geografía. Universidad del Bío-Bío. Estudiante del Programa de Magíster en Historia, Universidad de Concepción.

El imperialismo del fin de siglo XIX y comienzos del XX fue un proceso motivado por diferentes razones, principalmente económicas y estratégicas, que arrojó como consecuencia directa la explotación de millones de habitantes del tercer mundo, y posteriormente, derivó en un conflicto bélico (resultado directo del imperialismo y de la carrera armamentista europea de la época) de grandes proporciones entre las potencias imperialistas de turno. El propósito de este análisis es mencionar y reflexionar en base al camino que tomó este afán imperialista del siglo XIX y a los resultados que arrojó para el curso de la historia del siglo XX.

Un mundo en el que el ritmo de la economía estaba determinado por los países capitalistas desarrollados o en proceso de desarrollo existentes en su seno tenía grandes probabilidades de convertirse en un mundo en el que los países “avanzados” dominaran a los “atrasados”: en definitiva, convertirse en un mundo imperialista. Pero, paradójicamente, el periodo transcurrido entre 1875 y 1914 se le puede calificar como era del imperio no solo porque en él se desarrolló un nuevo tipo de imperialismo, sino también por otro motivo ciertamente anacrónico. Probablemente fue el periodo de la historia moderna en que hubo mayor número de gobernantes que se autotitulaban “emperadores” o que eran considerados por los diplomáticos occidentales como merecedores de ese título.

En Europa se reclamaban este título los gobernantes de Alemania, Austria, Rusia y Turquía y (en su calidad de señores de la India) el Reino Unido. Dos de ellos (Alemania y el Reino Unido/India) eran innovaciones del decenio de 1870. Compensaban con creces la desaparición del segundo imperio en Francia de Napoleón III. Fuera de Europa, se adjudicaba normalmente ese título a los gobernantes de China, Japón, Persia, Etiopía y Marruecos. En 1918 habían desaparecido cinco de ellos.

El periodo que estudiamos es una era en que aparece un nuevo tipo de imperio, el imperio colonial. Hasta finales de la década de 1860, la palabra “imperialismo” se había aplicado sobre todo a la Francia de Napoleón III. No fue hasta 1869 cuando se comenzó a hablar de “el imperialismo en el buen sentido”, por lo que se entendía “la conciencia de que a veces tenemos (las potencias europeas) el deber ineludible de realizar tareas pesadas u ofensivas como defender el Canadá o gobernar Irlanda”, frases como esta eran cotidianas en los respectivos gobiernos de turno europeos. Sea como sea, este periodo se caracterizó por un afán de conquista de nuevos territorios por parte de las principales potencias europeas, lo que traería fatales consecuencias para millones de habitantes africanos y asiáticos, lo cuales serían explotados de forma indiscriminada para satisfacer las ansias de poder y riquezas de los diferentes gobiernos europeos.

Este artículo está basado en el método hermenéutico-interpretativo, el cual, a través de un estudio bibliográfico, pretende entregar una visión integral del proceso imperialista llevado a cabo por las potencias europeas de la segunda mitad del siglo XIX. Entre los autores más destacados, a nuestro parecer, es Eric Hobsbawm, historiador británico de prestigio a nivel mundial, de corte marxista, influenciado a su vez por la Escuela de los Annales, miembro insigne de la Historia Social Británica de la segunda mitad del siglo XX. Acostumbra utilizar fuentes primarias y efectuar una vasta revisión bibliográfica con respecto al tema de estudio, además aporta con una visión crítica al momento de interpretar el proceso imperialista mencionado. Otro historiador visitado fue Asa Briggs, quien, junto a Patricia Clavin, efectuaron un trabajo concienzudo, también

basado en fuentes primarias, junto con un análisis en base a bibliografía, de corte interpretativo aunque desde un punto de vista más conservador que Hobsbawm.

En búsqueda de un objetivo común.

La lucha febril de las potencias colonialistas por los territorios de ultramar dio a las relaciones de los Estados una dureza hasta entonces desconocida. Sin embargo, no eran únicamente las grandes potencias las que chocaban una y otra vez por cuestiones internacionales; también las potencias de segundo rango fueron dominadas por las tendencias imperialistas de la época. De tal forma que aquellas provocaron el desmoronamiento del sistema de las potencias europeas en la Primera Guerra Mundial. Para “algunos Estados europeos, como Inglaterra y Francia, ya hacía tiempo que llevaban a cabo una política de expansión colonial. Hacia 1885 este proceso de expansión de la civilización europea por todo el globo sufre una violenta aceleración; en pocos años se convirtió en una auténtica carrera de las potencias europeas tras los territorios de ultramar aún “libres”, a la que, a partir de 1894, se sumaron también Japón y los Estados Unidos”⁴. Esta carrera tenía un objetivo común: los territorios de Asia y África, con sus recursos naturales como objetivo principal, incluyendo los recursos humanos, quienes, además, serían tratados como un potencial mercado.

En América latina, la dominación económica y las presiones políticas necesarias se realizaban sin una conquista formal. Ciertamente, el continente americano fue la única gran región del planeta en la que no hubo una seria rivalidad entre las grandes potencias. Ni para el Reino Unido ni para ningún otro país existían razones de peso para rivalizar con los Estados Unidos desafiando la doctrina Monroe. Hobsbawm, señala que “ese reparto del mundo entre un número reducido de Estados era la expresión más espectacular de la progresiva división del globo en fuertes y débiles, avanzados y atrasados. Era también un fenómeno totalmente nuevo. Entre 1876 y 1915, aproximadamente una cuarta parte de la superficie del planeta fue distribuida o redistribuida en forma de colonias entre media docena de Estados”⁵.

Hasta entonces las potencias europeas habían dejado toda la iniciativa a los grandes colonizadores y a las empresas coloniales y en general no dejaban seguir la bandera nacional al comercio. En todo caso se había tratado de reducir al mínimo la propia intervención política y militar. Ahora la situación se había convertido en lo contrario. Impulsadas por un nacionalismo que había desembocado en imperialismo, las potencias europeas empezaron a perseguir sistemáticamente la adquisición de nuevos territorios coloniales y a respaldar con capital propio la conquista y penetración económica de los países subdesarrollados, pero ya en la fase inicial y no, como hasta entonces, solo cuando las cosas habían alcanzado un cierto grado de madurez. De la noche a la mañana se convertía el colonialismo en imperialismo.

Si bien, los emperadores y los imperios eran instituciones antiguas, el imperialismo era un fenómeno totalmente nuevo. Era una voz nueva ideada para describir un fenómeno nuevo. El análisis del imperialismo, fuertemente crítico, realizado por Lenin se convertiría

⁴ BRIGGS, Asa y CLAVÍN, Patricia. Historia contemporánea de Europa 1789-1989, Barcelona, Crítica, 1997, p. 133.

⁵ HOBBSAWM, Eric. La era del Imperio, 1875-1914. Buenos Aires, Crítica, 1998, p.68.

en un elemento central del marxismo revolucionario de los movimientos comunistas a partir de 1917 y también en los movimientos revolucionarios del tercer mundo. En efecto, para Lenin el imperialismo era la etapa final y culmine del capitalismo. Para este, la expansión de modo de producción capitalista lleva inexorablemente a su estadio supremo y último (su fase superior), el imperialismo, en cuyo interior se produce la exacerbación de las contradicciones del sistema que darán como fruto el triunfo de las clases menos favorecidas. La concentración monopolista de los capitales financieros, los cuales han de ser colocados en los territorios dominados por las principales potencias, supone el incremento de las luchas internacionales por la obtención de los distintos mercados, dando así como resultado la definitiva aparición de las condiciones necesarias para la transformación de la sociedad según el modelo revolucionario socialista⁶.

Interdependencia económica, nacionalismo y rivalidad.

El acontecimiento más importante del siglo XIX es, en opinión de Hobsbawm, “la creación de una economía global, que penetró de forma progresiva en los rincones más remotos del mundo, con un tejido cada vez más denso de transacciones económicas, comunicaciones y movimiento de productos, dinero y seres humanos que vinculaba a los países desarrollados entre sí y con el mundo subdesarrollado. De no haber sido por estos condicionamientos, no habría existido una razón especial para que los estados europeos hubieran demostrado en menor interés, por ejemplo, por la cuenca del Congo o se hubieran enzarzados en disputas diplomáticas por un atolón del Pacífico”⁷.

Una red de transportes (ferrocarriles, ahora también en el tercer mundo, barcos a vapor y nuevas vías de comunicación, además de mejores caminos y carreteras) mucho más tupida posibilitó que incluso las zonas más atrasadas y hasta entonces marginales se incorporaran a la economía mundial, y los núcleos tradicionales de riqueza y desarrollo experimentaron un nuevo interés por esas zonas remotas. El principal país imperialista fue Inglaterra. El impulso principal del imperialismo inglés estaba dirigido a la región del Alto Nilo; de esta manera se esperaba estabilizar la dominación en Egipto. Para Briggs y Clavin, “mientras tanto, los antiguos imperios de España y Holanda seguían existiendo sobre el mapa –y este último aumentó en riqueza, pero no en tamaño–, mientras que el imperio portugués creció en ambos sentidos. Italia participó en la carrera imperial con escaso éxito (en 1896 fracasó en su tentativa de apoderarse de Abisinia), y Bélgica, que teóricamente carecía de imperio, se ocupaba de gestionar el Estado del Congo, propiedad del Rey Leopoldo, quien lo legó al país en su testamento de 1889. Incluso los Estados Unidos, con un abultado historial de anticolonialismo, adquirieron colonias en la década de 1890”⁸. La rivalidad entre las potencias imperialistas era inevitable y también lo era entre los países imperialistas de menor envergadura, el nacionalismo exigía cada vez más territorios y conquistas, todo esto llevaría a Europa a la Primera Guerra Mundial.

El imperialismo compartía ciertos ingredientes del folclore nacionalista, ya que siempre tuvo sus héroes y sus mitos. Y, al igual que el nacionalismo, podía sostener que

⁶ LENIN, V. I. El Imperialismo, fase superior del Capitalismo. En Obras Escogidas. Editorial Progreso, Moscú, 1975- pp. 275-287.

⁷ HOBBSAWM, Eric. La era de la Revolución, 1789-1848. Buenos Aires, Crítica, 1998, p. 71.

⁸ BRIGGS, Asa y CLAVÍN, Patricia. Historia contemporánea de Europa 1789-1989, op. cit., p. 148.

el mundo no se repartía entre imperialismos rivales, sino complementarios, cada uno de los cuales tenía su propia misión. De hecho, a veces los distintos imperialismos formaban causa común en nombre de la “civilización” y el “progreso”. Siguiendo el punto de vista de Briggs y Clavin, “los abanderados del colonialismo británico solían trazar una distinción muy clara entre ellos, con sus “familiares y amigos”, y los “nativos” o “aborígenes” a quienes vencían o dominaban. En el primer caso- ejemplificado por Canadá y Australia-, los colonos, a los que se habían sumado oleadas de inmigrantes recientes, obtuvieron la independencia parcial en la segunda mitad del siglo XIX; el gobierno federal de Australia, por ejemplo, se remonta a 1900. En el segundo caso, se hablaba de la carga del hombre blanco, pero también había razones para el entusiasmo, además de un deseo de poner las cosas en su sitio”⁹.

Las relaciones germano-inglesas estaban ya bastante deterioradas, pero en 1896 alcanzaron su punto crítico. El motivo fue la cuestión boer, problema cada vez más importante para la política imperial inglesa desde el descubrimiento de oro y diamantes en el Rand. Influenciado por la idea de que la raza anglosajona y la teutona estaban llamadas a dirigir juntas el mundo, el primer ministro inglés Joseph Chamberlain presentó en marzo de 1898 un proyecto de alianza a los alemanes sin haber sido encargado de ello, sin embargo, expresamente por su premier. Según Mommsen, “el objetivo inmediato de esta oferta sorprendente debía ser el de reforzar la posición de Inglaterra en las negociaciones con Francia sobre las cuestiones de África Occidental”¹⁰.

Un conflicto importante dentro de las relaciones franco-inglesas fue el de Faschoda. En 1898 estalló la crisis. Una gran indignación se apoderó de toda la nación francesa ante la exigencia británica de abandonar inmediatamente el Sudán. Una guerra entre ambas potencias parecía inevitable. Mommsen, afirma que “Francia, mal preparada para la guerra terminó por ceder, por consejo de Delcassé, después de cinco semanas de agitaciones. Aunque la grave humillación de Faschoda se había grabado profundamente en la conciencia de la nación francesa, en los años sucesivos Delcassé orientó sistemáticamente la política exterior de su país hacia una línea de completo acuerdo con Inglaterra en las cuestiones coloniales”¹¹. Con el transcurrir de los años Inglaterra tomaría conciencia de que su principal enemigo imperialista no era Francia sino Alemania.

Las minas fueron los grandes pioneros que abrieron el mundo al imperialismo, y fueron extraordinariamente eficaces porque sus beneficios eran lo bastante importantes como para justificar también la construcción de ramales de ferrocarril. Las plantaciones, explotaciones y granjas eran el segundo pilar de las economías imperiales. Los comerciantes y financieros metropolitanos eran el tercero.

Un argumento general, compartido también por Hobsbawm, de peso para la expansión colonial era la búsqueda de mercados. “El imperialismo era la consecuencia natural de una economía internacional basada en la rivalidad varias economías industriales competidoras, hecho al que se sumaban las presiones económicas del decenio de 1880”¹². África y Oceanía fueron las principales zonas donde se centró la competencia por conseguir nuevos territorios. Es imposible separar la política y la

⁹ Ibid.

¹⁰ MOMMSEN, Wolfgang. La época del imperialismo, Europa 1885-1918, Vol. 28. Siglo XXI, 1971, p. 144.

¹¹ Ibid., p. 146.

¹² HOBBSAWM, Eric. La era del Imperio, 1875-1914. op. cit., p. 76.

economía en una sociedad capitalista, como lo es separar la religión y la sociedad en una comunidad islámica. “La pretensión de explicar el nuevo imperialismo desde una óptica no económica es tan poco realista como el intento de explicar la aparición de los partidos obreros sin tomar en cuenta para nada los factores económicos”¹³.

El imperialismo estimuló a las masas, y en especial a los elementos potencialmente descontentos, a identificarse con el Estado y la nación imperial, dando así, de forma inconsciente, justificación y legitimidad al sistema social y político representado por ese Estado. El imperialismo ayudaba a crear un buen cemento ideológico. En algunos países el imperialismo alcanzó una gran popularidad entre las clases medias, cuya identidad social descansaba en la pretensión de ser los vehículos elegidos del patriotismo. Según Hobsbawm, “no se puede negar que la idea de superioridad y de dominio sobre un mundo poblado por gentes de piel oscura en remotos lugares tenía arraigo popular y que, por tanto, benefició a la política imperialista”¹⁴.

Desde luego, el imperialismo de los últimos años del siglo XIX era un fenómeno “nuevo”. Era el producto de una época de competitividad entre economías nacionales capitalistas e industriales rivales que era nueva y que se vio intensificada por las presiones para asegurar y salvaguardar mercados en un periodo de incertidumbre económica. Era un periodo en que las tarifas proteccionistas y la expansión eran las exigencias que planteaban las clases dirigentes. Nuevamente, Hobsbawm nos dice que “todos los intentos de separar la explicación del imperialismo de los acontecimientos específicos del capitalismo en las postrimerías del siglo XIX han de ser considerados como meros ejercicios ideológicos, aunque muchas veces cultos y en ocasiones agudos”¹⁵. Como se ve, imperialismo y capitalismo son partes inseparables de la evolución histórica de los dos últimos siglos, no se puede entender el imperialismo sin tomar en cuenta los principios económicos básicos del capitalismo.

Imperialismo en el extremo oriente y el Pacífico.

En el extremo oriente el imperialismo también estaba presente. Japón se encontraba en el inicio de una revolución industrial que contaba con el apoyo del estado y que iba a transformar las bases de su poder en el siglo XX. Entre 1894 y 1895, la guerra entre el Japón insular y la China continental puso de manifiesto al mismo tiempo la fortaleza del Japón y la debilidad de China. Antes de terminar el siglo, la rebelión xenófoba de los bóxers en China alarmó a los países europeos y a los Estados Unidos más que todo lo que hubiera ocurrido en Japón. En 1908, China ya tenía su proyecto de constitución y en 1912 se convertiría en república. La evolución de los acontecimientos en China obligó a los ingleses a buscar de nuevo la amistad con Alemania. En el verano de 1900 China fue sacudida por la insurrección de los bóxers. Según Mommsen, “si bien el movimiento de los bóxers fue aplastado relativamente pronto por un ejército internacional se produjeron considerables complicaciones internacionales. Rusia aprovechó la ocasión para reforzar su posición en Manchuria. En caso de que otras potencias trataran de obtener ventajas

¹³ Ibid., p. 78.

¹⁴ HOBBSAWM, Eric. La era del Capital, 1848-1875. Buenos Aires, Crítica, p. 80.

¹⁵ Ibid., p. 82.

territoriales en China, Inglaterra y Alemania se pondrían antes de acuerdo sobre las iniciativas comunes a tomar con el fin de garantizar sus intereses”¹⁶.

Si examinamos el mundo en fase de “imperialización” en su conjunto – África, Asia y el Pacífico-, y nos apoyamos en la opinión de Briggs y Clavin, vemos que “entre la gente que participó en el complejo proceso de expansión había exploradores (por ejemplo Leopoldo, un conquistador moderno, expuso su proyecto africano en un congreso geográfico internacional celebrado en Bruselas en 1876); misioneros de todos los credos, que difundían el evangelio o evangelios rivales y muchas cosas más, entre ellas la educación; emigrantes, que adquirirían un nuevo hogar, lejos de su lugar de nacimiento, y un nuevo estilo de vida; hombres de negocios de todos los calibres, en busca de nuevas materias primas (tan distintas como el caucho, los minerales y los aceites vegetales) o de nuevos mercados para sus productos manufacturados; contratistas, constructores de ciudades, puertos y ferrocarriles; soldados, porque los anales del imperialismo están manchados de sangre derramada en lo que se dio en llamar, a veces de forma engañosa, “pequeñas guerras”; administradores también de todo tipo, algunos de ellos tan importantes como para que los llamasen – y se vieran así mismos, al estilo napoleónico – procónsules”¹⁷. Toda esta gama de personajes llevaría la explotación, la sumisión y el abuso de poder en nombre de la civilización cristiano-occidental hacia el tercer mundo africano y asiático, cambiando radicalmente la vida de millones de habitantes subyugados por el progreso.

Conclusión

La idea central de este artículo es establecer que el imperialismo de fines del siglo XIX fue motivado por variadas razones, predominando las económicas y las estratégicas. El afán de cada potencia de demostrar su poderío, de aumentar sus posesiones en ultramar y las ansias de poder de los gobiernos europeos trajeron consecuencias nefastas para millones de habitantes del tercer mundo que, bajo el eslogan del progreso y la civilización, vieron mermadas sus libertades básicas, su cultura y su estilo de vida, condenando a gran parte de África y Asia a un subdesarrollo económico y un atraso industrial que se mantiene hasta el día de hoy.

La razón de ser del imperialismo no se hallaba en el comercio sino en la inversión. Las colonias proporcionaban nuevos mercados de capitales, y los capitales invertidos en el extranjero podían generar mayores beneficios que los invertidos en el propio país, además de contribuir a crear empleo y aumentar el nivel de vida en este. Además, eran muy variadas y a veces contradictorias las motivaciones de los imperialistas de los partidos políticos y de los gobiernos de Europa. Algunos creían que los territorios coloniales servían para colocar el excedente de población, un argumento que era el favorito de los gobiernos conservadores, pero que plantearon personas que no tenían ninguna relación con el comercio ni con las finanzas. Otros pensaban en el poder y el prestigio, otro punto de vista típicamente conservador, propio de hombres como Disraeli o Bismarck, aunque ambos fueron lo bastante inteligentes como para sacar partido de ese punto de vista más que compartirlo.

¹⁶ MOMMSEN, Wolfgang. La época del imperialismo, Europa 1885-1918. op. cit., p. 149.

¹⁷ BRIGGS, Asa y CLAVÍN, Patricia. Historia contemporánea de Europa 1789-1989, op. cit., pp. 151-152.

Alemania, por culpa de su diplomacia oscilante e incapaz se quedó aislada. Solamente Austria-Hungría le dio su apoyo incondicional. Mientras las otras potencias trataban de consolidar sus imperios coloniales, renunciando a ampliarlos ulteriormente, para Alemania el paso a gran potencia colonial era abandonado al futuro. No fue una política imperialista declarada y sistemática la que provocó el aislamiento de las potencias centrales, sino una política de prestigio oscilante e inestable. La creciente desconfianza de las otras grandes potencias hacia la política alemana se fue convirtiendo cada vez más en una amenaza para la paz europea, ya que en todas partes se tendía ahora a oponerse a los deseos de Alemania, incluso cuando estaban justificados.

El imperialismo trajo consigo la interdependencia económica, la cual no se debe idealizar. La división del mundo en regiones “verdes” (agrícolas) y “negras” (industriales) iba acompañada de una división de la población en el interior de cada país entre “ricos” y “pobres”, y era fácil considerar a ambas divisiones obra de la naturaleza, en lugar de producto de la actuación humana. En este contexto las perspectivas internacionales fueron cambiando. Europa dominaba el comercio internacional, pero los Estados Unidos hacían grandes progresos en producción, aprovechándose de sus enormes reservas en materias primas, un mercado interno enorme y una tecnología avanzada que permitía ahorrar en mano de obra. En las nuevas industrias –como la automovilística, una industria tan fundamental en el siglo XX como el ferrocarril en el XIX- , los Estados Unidos pronto tomaron una delantera que ya no perderían.

Hay que mencionar brevemente un aspecto final del imperialismo: su impacto sobre las clases dirigentes y medias de los países metropolitanos. En cierto sentido, el imperialismo dramatizó el triunfo de esas clases y de las sociedades creadas a su imagen como ningún otro factor podría haberlo hecho. Un conjunto reducido de países, situados casi todos ellos en el noroeste de Europa, dominaban el globo. Pero el triunfo imperial planteó problemas e incertidumbres. Planteó problemas porque se hizo cada vez más insoluble la contradicción entre la forma en que las clases dirigentes de la metrópoli gobernaban sus imperios y la manera en que los hacían con sus pueblos.

Inevitablemente llegamos a conclusiones propias del materialismo histórico cuando estudiamos el proceso imperialista del siglo XIX. Como lo afirmó Marx, en sus Tesis sobre Feuerbach, “la teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado. Conduce, pues, forzosamente, a la división de la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad”¹⁸. Estas dos partes serían las naciones imperialistas y los países colonizados, opresores y oprimidos. Sin embargo, simplificar gratuitamente de esta forma un proceso tan complejo como el imperialismo no es lo adecuado, aun cuando creemos que Marx acertó en su análisis de las contradicciones sociales y económicas de la era moderna, son muchas las causas y los antecedentes que motivaron el imperialismo, y sus consecuencias, como hemos visto, aun persisten. No obstante, debemos recordar, nuevamente pensando en Marx, que son los hombres los que deben hacer que cambien las circunstancias. Aunque no siempre cambien para bien.

¹⁸ MARX, Karl y ENGELS, Friedrich. Obras Escogidas de K. Marx y F. Engels. Tomo I, Editorial Progreso, Moscú, 1981. pp. 7-10.

A la postre, el sueño de la “belle époque” tenía sus pesadillas. En ellas los ensueños imperialistas se mezclaban con los temores de la democracia. Mientras tanto la amenaza de la guerra era cada día más real.

Bibliografía

Briggs, Asa y Clavín, Patricia. Historia contemporánea de Europa 1789-1989, Barcelona, Crítica, 1997.

Hobsbawm, Eric. La era de la Revolución, 1789-1848. Buenos Aires, Crítica, 1998.

Hobsbawm, Eric. La era del Capital, 1848-1875. Buenos Aires, Crítica, 1998.

Hobsbawm, Eric. La era del Imperio, 1875-1914. Buenos Aires, Crítica, 1998.

Lenin, V. I. El Imperialismo, fase superior del Capitalismo. En Obras Escogidas. Editorial Progreso, Moscú, 1975.

Marx, Karl y Engels, Friedrich. Obras Escogidas de K. Marx y F. Engels. Tomo I, Editorial Progreso, Moscú, 1981.

Mommsen, Wolfgang. La época del imperialismo, Europa 1885-1918, Vol. 28. Siglo XXI, 1971.